

Xenofobia ideológica

La Vanguardia - 05/03/2001
KEPA AULESTIA

La tolerancia, la solidaridad e incluso la compasión forman parte de un aprendizaje. Son fruto de la racionalidad; de admitir la realidad aprendiendo a vivir con ella. Al tercer año de nuestra vida llegamos a intuir que quienes nos rodean son semejantes a nosotros mismos. Sin embargo, siempre nos queda pendiente la aceptación de los más lejanos, los diferentes, los que piensan de forma distinta o abrazan otras creencias. Esa parece una tarea interminable. Nadie nace tolerante o demócrata. Serlo, comportarse como tal, requiere un esfuerzo de inteligencia y madurez. Cada persona, cada sociedad y cada país democrático precisan recurrir una y otra vez a la razón para preservar la diversidad y practicar el pluralismo. Pararse por un instante ante cada problema para pensar la solución más justa. Sortear los impulsos más viscerales hasta que la propia razón desarrolle sus instintos de tal forma que acertemos, a la primera, con una respuesta de tolerancia ante cada requerimiento que interpele nuestra conciencia.

Pero la razón no es un valor que necesariamente amplíe su eco con el transcurso del tiempo. En pocos días hemos asistido a pronunciamientos públicos de conocidas personas del nacionalismo catalán sugiriendo una sociedad compacta y uniforme, temerosa ante la avalancha de quienes no buscan uniformidad en parte alguna. Coincidiendo en el tiempo, la asamblea de electos municipales, auspiciada por la izquierda abertzale, ha acordado condicionar la concesión de la nacionalidad vasca a la previa vinculación a una concepción soberana de Euskal Herria de quienes aspiren a ella. La xenofobia étnica y la ideológica han resurgido como si sus portavoces no sintieran siquiera la necesidad de interrogar a la razón. Sería demasiado fácil imaginar que todas esas manifestaciones de intolerancia favorables a una comunidad homogénea no son más que un brote espontáneo de senilidad, una excepción extremista o una visión marcadamente clasista del "nosotros". Pero, ¿por qué ahora? ¿Por qué ahora hay gente a la que le parece normal ver afirmaciones que no se hubiesen atrevido a formular antes? Sería también demasiado fácil apelar a la casualidad. Ninguna persona medianamente informada que ostente algún ascendiente sobre la opinión pública puede sacudirse su responsabilidad cívica alegando que hay "muchas gente" pensando lo mismo. Pero, en cualquier caso, debemos preocuparnos por saber si de verdad hay "muchas gente" que piense así. El color de la piel, la lengua, las costumbres y la forma de vestir delatan al que no es como nosotros, y en el que descubrimos las trazas de quien jamás querrá serlo. Son los miedos de sociedades que envejecen ante la evidencia de que buena parte de sus nuevas generaciones vendrá del sur o del este. Es la vecindad global la que perturba la tranquilidad de quienes hasta ahora han mostrado satisfechos sus propios rasgos como la huella heredada de sus mayores. Nadie podrá evitar ya los flujos migratorios; y el empuje de sus continuas oleadas no podrá contenerse más que hasta cierto punto a base de leyes restrictivas. Los recién llegados son tan parte de nosotros que está resultando habitual ver cómo expresan su pública protesta a pesar de que se les regatee el derecho a hacerlo. Los instintos asimilacionistas con que el nacionalismo de todo tipo ha pretendido tratar la cuestión de los foráneos se muestran incapaces de lograr su integración uniforme. El recién llegado no siente otra obligación que la de satisfacer mínimamente las necesidades que le empujaron a realizar tan largo viaje. Esa, y no otra, es la expresión de su inteligencia. Aprenderá la nueva lengua en tanto que la necesite para alcanzar sus objetivos; decidirá arraigarse en una determinada localidad o en un valle dado, siempre y cuando no encuentre un horizonte mejor. Resultaría un chantaje tan vano como imperdonable exigirles que amen la nueva tierra cuando las vicisitudes del hambre, la penuria o la guerra les arrancaron de la suya propia.

Las oleadas de inmigrantes baten las orillas del Mediterráneo en escenas de extenuación y dramatismo. Pero es curioso lo que ocurre en esta parte del golfo de Vizcaya. Posiblemente porque esas oleadas no han llegado todavía hasta aquí, en el País Vasco se habla de mestizaje con una sospechosa querencia hacia lo exótico, hacia lo lejano, para así soslayar el obligado respeto que merecen los más próximos. Es ésta una sociedad solidaria a su manera. A menudo parece más probable que se admire el trabajo de un centenar de senegaleses faenando en la flota que arriba al puerto de una localidad de doce mil habitantes de la costa vasca que la presencia siempre enojosa de alguien que dice ser español en una tierra en la que para muchos ese término es más que un insulto. Hasta puede resultar emocionante el cantar de un mozambiqueño de ademán lusista, o el rasgar flamenco de una cultura concebida como ajena, frente a la incómoda vecindad de personas nada dispuestas a aceptar que haya una sola manera de ser y sentirse vasco. Más allá de la violencia, incluso sobre la hipótesis de su desaparición futura, sectores del nacionalismo vasco están emitiendo mensajes que nunca antes se hubiesen atrevido a emitir. Como si los más extremistas hubiesen trazado ya el futuro de la nación vasca a través de la negación de derechos civiles y políticos -del derecho a la ciudadanía- a aquellos avecindados que no asuman como propia la quimera abertzale.